

mios, que las dignidades que bajan del Rey de los siglos se confieren al que no piensa en ellas ni las busca! ; Tan cierto es que Dios se complace en ensalzar á los humildes, pues la primera dignidad despues del sacerdocio eterno, segun el órden de Melquisedech, se ha dado á la que no se creia digna de ser sino esclava de la que estaba destinada á ser la madre de este mismo pontífice!

María recorre los pasos por donde ha de marchar este augustó personaje, hasta entrar con su propia sangre en el santuario, para consumir la redencion eterna, y desea acompañarle en todos para ayudarle en sus trabajos. Lo ve con Abacuc en un pobre portal; recién nacido, sin más compañía que la de dos animales estúpidos, y desea su corazon darle Ella sola con sus cariños todo lo que le han negado sus conciudadanos. Lo ve perseguido en su misma cuna por un Rey feroz y precisado á esconderse en el desierto, y quiere su corazon ser el santuario donde se oculte; lo ve tiritando de frio por el rigor inclemente de los elementos, y desea abrigarlo en su seno; lo ve tambien perseguido por muchos enemigos ansiosos de su sangre, desamparado de sus discípulos y abandonado aún de su Padre celestial, y anhela por darle Ella sola lo que todos le han escaseado: en una palabra; sabe que este Dios se ha de ver pobre, necesitado, perseguido y afligido, y suspira por proporcionarle todo el bien que pueda.

¿Qué amor es éste, amados míos? ¿Ha podido nacer en el corazon de los hombres? ¿Ha podido producirse en la voluntad de los ángeles? ; Amar la criatura al Criador, no sólo por sus perfecciones infinitas, sino por darle algo que le falte! ; Ah! Esta especie de inversion era el precedente de la Encarnacion del Verbo Divino en el seno de una mujer, para pedirla lo que Él no puede tener por su naturaleza esencialmente simplicísima, espiritual é incorpórea. Y si es incomprendible cómo Dios se ha unido

por la generacion temporal en el seno de una Vírgen á la mortalidad de nuestra naturaleza, no lo es ménos cómo una hija de Adan ha podido ser elevada á concebir y engendrar en sus entrañas al que eternamente es engendrado por el Padre eterno, Dios de Dios, y luz de luz. Si no lo comprendo, no se me esconde entre tanto que María abrigue en su corazon estos deseos, porque Ella misma los declara cuando se ve en el caso de responder á las interpelaciones de un embajador que la habla de órden del mismo Dios.

En efecto; estos deseos del corazon de María iban tomando una proporcion de aumento tan completo, que refluendo, como dice San Bernardo, de la plenitud de su alma, habian llenado todos sus sentidos, habitando en Ella la gracia de una manera casi corporal. *Ut de plenitudine mentis fecundaretur et caro.* (Serm. 52 *De Diversi.*) Cuando más absorta se halla en la contemplacion de la aparicion ya inminente del Hijo de Dios, hé aquí que el ángel Gabriel se la presenta, tan refulgente en su aspecto como pacífico en sus palabras y sublime en su discurso. La llama llena de gracia, habitacion del Señor, bendita entre todas las mujeres; y con la prudencia y candor propios de una vírgen, medita en silencio lo que significará una salutacion tan distinguida y que tanto la privilegiaba. Todas las flores de la pureza se pintan en aquellas mejillas tan blancas como las de la paloma, y los tintes purpúreos manifiestan la turbacion de aquella alma, que oye sus propias alabanzas por primera vez, pues los hombres no se han atrevido jamás á hablar á la que miraban como un sér angelical, ni ha resonado en el santuario de su corazon otro eco que el de la humildad más profunda, con la cual se cree muy dichosa si consigue siquiera ser la sierva del Rey inmortal que debe dejarse ver.

Continuando el Arcángel su razonamiento, la dice que

no tema, anunciándola que concebirá y dará á luz un hijo, que será grande y se llamará Hijo del Altísimo, y se sentará en el trono de su padre David: apénas han herido estas palabras los oídos de María, cuando empiezan á abrirse las puertas de su corazón, que hasta entonces han permanecido cerradas; los deseos que sólo eran conocidos de la Divinidad, no son ya un secreto para los ángeles; María pronuncia unas palabras que asombran á los cielos: «¿Cómo ha de suceder esto, ángel del Señor, si ni yo conozco varón, ni lo he de conocer?»

Para comprender el precio inestimable de este razonamiento, es preciso saber quién es esta vírgen, en qué época vive, y en qué nación habita. Hija de cien Reyes, tiene derecho á la herencia prometida al trono primitivo de estos Monarcas á quien Dios jurara que de su semilla habia de nacer el Libertador de Israel; cuando se ha cumplido la profecía de Balaam, que viera las naves y huestes de Italia que habian de dominar la tierra en que aparecia la estrella de Jacob (Núm., cap. xxiv, 24); cuando estaban cumpliéndose las setenta semanas de Daniel; cuando hasta los samaritanos sabian que el Mesías estaba á punto de nacer (Joan., cap. iv, 25.); cuando las almas más justas de la Judea ofrecen al Señor oraciones y votos para que las libre de la esterilidad, en un pueblo donde la virginidad venía á ser como un vicio, la privación de herederos un castigo, porque no habia familia que no se lisonjeára con la idea de poder quizás contar en su prosapia al gran conquistador; en medio de este pueblo, en época tan notable para las hijas de Abraham; cuando toda imaginación femenil bulle con perspectivas de grandeza posible, María es la única que no ha pensado en nada de esto, y, léjos de ello, quiere ser vírgen en su alma, vírgen integérrima en su cuerpo, vírgen en todas sus aspiraciones; quiere estar ligada á David por la sangre, pero no apetece poseer las glorias

que se le han prometido; quiere conocer á su Hijo, que ha de ser llamado Hijo de Dios; pero es sólo para servirle de sierva, para oír su dulce voz, y emplearse en su servicio.

Más rosado aparece su rostro cuando se la anuncia que va á ser Madre, que cuando ha oído decir al ángel que es la bendita entre todas las mujeres. Es una especie de asalto hecho á esta fortaleza, donde tenian su morada los deseos más angelicales que ha abrigado corazón de mujer. Para abrir su corazón completamente al nuncio celestial, es preciso que éste la instruya en cuanto concierne á la maternidad que se la declara; el Hijo de Dios que se humanará en su seno; el Espíritu divino que será el artífice; la virtud del Altísimo que la cubrirá; su virginidad que quedará más pura que la luz del sol; su corazón que será siempre de Dios: hé aquí cuanto se revela á María; y entonces, sólo entonces, es cuando, con tanta prudencia como humildad, abre sus sagrados labios para decir al ángel que se conforma con los designios del cielo, y que se cumpla en todo la voluntad soberana. *Fiat mihi secundum*, etc.

Nada encanta tanto mi alma como el contemplar la sinceridad con que María descubre su corazón al nuncio celestial; como la humilde violeta escondida entre la tierra, alfombrada con mil plantas inodoras, abre su capullo en los días de primavera, embalsamando el ambiente, de modo que nadie pase por sus cercanías sin sentir sus aromas, así se desarrolla el suave olor del candoroso y humilde Corazón de María. Sometida á los decretos del cielo, conforme con la elección que se ha hecho de Ella, contesta que Ella está pronta á continuar siendo lo que era desde el primer instante de su existencia; la esclava del Señor. *Ecce ancilla Domini*. ¡Ángel del Altísimo! Bien sabe el Señor que mi corazón le pertenece con todos sus afectos y aspiraciones; yo me creía muy dichosa en poder

emplearme en obsequio del Niño celestial que debía venir al mundo para salvarlo; pero ya que se digna escogerme para que sea yo su Madre, aunque no me considero digna de tanta dicha, me conformo, pues que soy su sierva. *Ecce ancilla Domini*. Yo empezaré desde ahora á dar á este Niño precioso cuanto tengo y cuanto soy; yo me contaré por feliz en alimentarlo, en acariciarlo, en proveerle de cuanto una Madre debe dar á su Hijo, y en hacer cuanto una esclava está obligada á hacer por su Señor. *Ecce ancilla*, etc. Yo, que soy una pobre criatura suya que nada vale; yo sé que Él es feliz en sí mismo, y que nada puede recibir de nosotros que no sea un don suyo; pero es tanto el amor que le tengo, que quisiera aumentar con Él, si posible fuera, su infinita felicidad; decid, pues, al Señor ¡oh ángel soberano! que mi alma y corazón son todos suyos; yo le daré el sér que apetece en mi seno; yo le amamentaré á mis pechos; yo lo acompañaré en su peregrinacion; yo daré por Él mi vida. *Ecce ancilla Domini*.

II. Hé aquí, católicos, el primer período de la vida de María, en el cual arde su corazón en un amor que no conocian ni el Ángel ni el hombre; desde que concibe en sus entrañas virginales al Hijo de Dios, empieza este amor á ser inefable, y hasta tiene ciertos tintes de infinito, porque tiende á asimilarse al amor increado que el eterno Padre tiene á su Verbo. Sí; Dios engendra á su Hijo, dándole cuanto Él posee esencialmente, su sabiduría, su omnipotencia, su inmensidad, su infinidad; le comunica por la generacion eterna cuanto es, cuanto tiene, produciéndolo esplendor en su gloria, figura en su sustancia, candor de la eterna luz; Dios se lo da todo, ménos las propiedades inherentes á la paternidad, por no ser comunicables, y María respectivamente hace otro tanto con este Hijo de Dios.

En efecto; María es hija de Abraham y de David, y

hace que el Hijo de Dios sea también hijo del mayor Patriarca y del gran Rey; María da á Dios cuanto Ella tiene, su sangre para que sea concebido, su seno para que sea engendrado, y hace que el Hijo de Dios sea hijo de Adán; María consiente en ser la Madre del Mesías, y en su seno purísimo se realiza el primer acto de la Omnipotencia en que concurren la naturaleza divina y la humana, la persona del Verbo y la cooperacion de María. Allí es donde por primera vez Dios es hombre, mortal, pasible; y el hombre es Dios inmortal, impasible, infinito, comunicándose mutuamente las naturalezas divina y humana, sin confundirse, sin mezclarse; y todo esto se hace porque la persona del Hijo de Dios sustenta ambas naturalezas, y porque María da á esta persona divina cuanto necesita para ser verdadero Hijo del hombre. ¡Misterio sublime! ¡Dignidad inefable la de la maternidad divina de María!

Entre tanto, ¿quién no ve que, como dice David, Dios oye los deseos de los pobres, y escucha la preparacion de sus corazones? *Desiderium pauperum exaudivit Dominus preparationem cordis eorum audivit auris tua*. ¿Cuánto mejor que Jacob pudo exclamar María que no habian quedado defraudadas sus aspiraciones? Hasta el momento en que se la anuncia que va á ser Madre de Dios, lo amaba con un amor que sólo de Ella era conocido. Era una especie de semilla que habia sembrado en su pecho castísimo el Espíritu Santo, que la predestinára para Esposa suya. Cuando llegó la ocasion oportuna, este gérmen que habia estado alimentándose en el corazón de la Virgen, pulula, se desarrolla y crece de un modo incomprensible en el alma de la Madre.

¡Ay, qué placer siente mi corazón al pensar en lo que sucede entre Dios y María desde que Aquél nace y Ésta lo mira como cosa propia suya! María no respira para sí, sino para Dios; ni existe ni se alimenta para sí, sino para

Dios; ni se mueve ni trabaja sino para el bien de Dios; Dios tiene frio, y María lo faja y lo envuelve en pañales; Dios tiene hambre, y María le da su sagrado pecho; Dios llora, y María lo acalla, arrimándolo á su seno, besando sus mejillas, y diciéndole con amor: «No llores, Hijo mio; no llores, luz de mis ojos; no llores, vida de mi corazon.» Dios es perseguido por un tirano, y María lo esconde, María lo salva, María lo protege entre las palmeras del desierto, entre las soledades del Egipto y entre los peligros de los caminos desiertos.

Por mucha extension que demos á este amor, nunca podremos llegar á sus límites; no sólo es el amor de la gracia, sino el de la naturaleza; no sólo es el amor libre que procede de un corazon que se consagra todo al Sér infinito, sino el amor necesario en el corazon de la Madre para con su Hijo. No solamente es moralmente imposible que María deje de amar á Dios, sino que hay una imposibilidad física y natural para que esto pueda suceder. Considerad la gran distancia que hay entre el amor de los hijos y el de las madres, y lo comprendereis. Nosotros amamos á nuestras madres con ternura filial en los dias de nuestra inocencia; despues empezamos á encantarnos en otros objetos, y aún no saliendo de la línea de la justicia, partimos nuestro amor entre distintos séres; muchos hay tambien que se olvidan de la que les dió el sér, y no han faltado monstruos que las han injuriado. Pero una madre no se olvida jamás de su hijo, ni su corazon se resfria, ni deja jamás de procurarle todo el bien posible; la cuna y la tumba del hijo no son aún el límite suficiente para el afecto de su corazon, pues su cariño traspasa las regiones del tiempo y franquea la eternidad. Este es el amor de madre.

Y esta es la naturaleza del amor que anima el Corazon de María: es imposible que Dios se olvide de María, porque es su Madre; tambien lo es que María se olvide de

Dios, porque es su Hijo: es imposible que Dios deje de amar á María, porque le ha dado el sér humano; tambien lo es que María deje de amar á Dios, porque es cosa propia suya: es imposible que Dios deje de honrar á María, porque es infinitamente justo, y no puede dejar de pagarla lo que Ella ha hecho por su gloria; tambien lo es que María deje de proporcionar á Dios todo el bien posible, porque es Madre que lo ha engendrado en sus entrañas. Es, pues, el amor de María sobrenatural, porque proviene de una gracia sólo inferior á la de su Hijo, y es natural, porque se nutre en un corazon de Madre; es un amor libre, porque proviene de una alma espiritual, y es necesario, porque la naturaleza ha impuesto al corazon de la madre la ley de amar á su hijo con una intensidad omnímota y con una extension suma.

Yo no puedo continuar, amados míos, porque despues de haber hablado de tanta grandeza del amor de María, mi corazon sólo apetece el silencio y las lágrimas de gozo; pensad vosotros todo lo demás que encierra el Corazon de María, y comprendereis por qué cuando han caído sobre Jesus todas las iras de un pueblo insensato, y cuando va marchando al lugar del suplicio, María le sale al encuentro, y lo acompaña hasta la muerte; ya que no pueda librar al Hijo de los tormentos que Él mismo apetece por nuestra redencion, María irá á presentarle su corazon, para compartir con Dios las angustias de su pasion y las agonías de su muerte.

Sin embargo, ántes de concluir debo de resolver el problema pendiente de saber por qué Dios deposita en el Corazon de María todos sus secretos. Así como os he dicho que el amor de madre es una cosa necesaria, así os digo que hay una diferencia incalculable entre el amor de la madre y el del hijo; éste se resfria, aquél no; pero nunca desconfia de su madre. Podrá el Hijo tener la imprudencia de una Dina, la temeridad de un Ruben, la

insubordinacion de un Absalon, el atolondramiento de un pródigo; mas jamás sospecha que una madre se convierta en una Dalila. Si ha habido Atalías en el mundo, es porque la perversidad moral suele ser fecunda en partos monstruosos. La madre es siempre una Sara que se rie con sólo pensar que tendrá un hijo, una Rebeca que no sueña sino en darle bendiciones, una Bethsabé que le adquiere coronas, una Ana que llora su muerte con lágrimas inconsolables. Bien saben esto los hijos, aunque sean ingratos al cariño maternal, y á nadie entregan sus secretos con más confianza que á su madre. Y ¿por qué? Porque el amor en la madre es una ley de la naturaleza, de la que no puede eximirse quien lo sea.

Está, pues, resuelta la cuestion; María tiene hácia Dios este amor; lo tiene en su infancia, porque habita en Ella el Espíritu Santo; lo tiene en su juventud, porque reposa en su seno toda la Beatísima Trinidad; lo tiene toda su vida, pues concibe á Dios, engendra á Dios, da á luz á Dios, viste á Dios, alimenta á Dios, cuida á Dios, protege á Dios y ama á Dios como Madre. Así Dios la hace depositaria de cuanto es y de cuanto tiene; Dios da á María su Hijo, la entrega su tesoro, y con Él su amor infinito, su misericordia sin fin, sus misterios inefables. Si redime al mundo, ésta redencion sale del Corazon de María; si perdona al pecador, este perdon sale del Corazon de María; si salva á la humanidad, si protege á su Iglesia, si doma los imperios rebeldes, si sujeta á los enemigos de su gloria, si confunde á los Apóstoles del error, si sostiene en el mundo el imperio de la verdad, todas estas fuerzas, todos estos triunfos, todas estas glorias, salen del Corazon de María. *Et mater ejus conservabat omnia verba hæc in corde suo.*

María es la Madre de Dios, y por una consecuencia necesaria, porque es natural, es la confidente de este mismo Dios. Así, cuando la corrosiva ciencia moderna

pretende aminorar la autoridad de Pedro; cuando la filosofía egoista y material intenta absorberse las ideas espirituales y puras, anonadar la piedad y ahogar al Catolicismo, no parece sino que Dios está diciendo á la humanidad que ame á María, que obsequie á su Madre, que acuda á su Corazon, pues sabe infaliblemente que siempre fué pura, y que el enemigo comun no ha tenido imperio sobre Ella ni una sola mórula. *Et mater qui conservabat, etc.*

Amemos, pues, á este Corazon, y en él hallaremos fé, ternura, pureza, castidad, amor santo, fervor, constancia, fortaleza, heroismo, victorias, triunfos, gloria é inmortalidad: amemos á este Corazon, y tendremos la ciencia de los Santos, el espíritu del Cristianismo, y la confraternidad con Jesucristo, y la coherencia de su eterno principado.

¡Oh Corazon sagrado, foco del amor divino, centro de los cariños del Padre, objeto de las ternuras del Hijo, depositario del amor del Espíritu Santo, manantial de todas las gracias, santuario de los misterios de Dios, arca de todas sus riquezas, fuente de la virginidad, luz de toda sabiduría, principio de toda santidad, complemento de toda virtud! ¡Corazon de María, premio de todo amor puro, recompensa de las almas inocentes, corona de los Apóstoles, gloria de las Vírgenes, fortaleza de la Iglesia, consuelo de los afligidos, alivio de los menesterosos, refugio de los pobres, piélago de las maravillas del Omnipotente! Dignaos concedernos la gracia de que os amemos, pues el amor de Madre que nos teneis no permitirá que el enemigo prevalezca contra nosotros. ¡Ah Corazon celestial! Una sola centella de tu fuego te pedimos, una gracia te suplicamos, y es que esta palabra tan dulce y encantadora, esta voz que significa océano de grandezas, emblema de triunfo y símbolo de victoria, el nombre santo que Dios te dió, *María*, sea el último eco que hiera

nuestros oídos en este mundo, la última palabra que salga de nuestros labios, para que al poner nuestro pie en el horizonte de la eternidad, oigamos los himnos de alabanza y bendición con que te festejan los justos y los ángeles en la gloria, que deseo á todos, en el nombre del Padre, etc. Amen.

SERMON PARA GENTE DEVOTA

SOBRE

LOS MOTIVOS PARA SER DEVOTO DE MARÍA.

Quæ est petitio tua? dona... mihi... populum meum pro quo obsecro.

¿Cuál es tu petición? Dame mi pueblo, por el cual te ruego.

(ESTHER, cap. vii, vers. 3.)

¡Oh cuán feliz era, amados míos, el destino que Dios reservaba al hombre en los primeros días del mundo! Antes que nuestro primer padre saliese de las manos del Señor, no parece sino que este Dios benéfico quiso hacer ostentación de su poder desplegando toda su omnipotencia y fabricando este magnífico palacio del mundo, para aposentar en él al Dueño de la naturaleza terrestre. Preciso es decirlo: esa admirable bóveda del cielo, matizada de estrellas, que cubre al mortal en la vida, debía ser su habitación en la muerte; la tierra de donde salió, reconociendo la nobleza de su Dueño, no debiera producir sino frutos sazonados para sustentar al hombre; y las criaturas todas rendirían homenaje á este Sér noble y privilegiado entre todas las obras del Señor, y que lleva en su alma el carácter de la Divinidad, hecho á su imagen y semejanza. El alma exenta de esas pasiones que tanto la envilecen y degradan; el cuerpo sin sentir los movimientos de la sensualidad, serían tan felices, que